

nuestra santificacion, podamos un dia aparecer á la faz del cielo, cual gente santa, cual descendencia escogida, cual pueblo de predileccion, que, rescatado de la esclavitud del demonio, no tuvo otro objetivo sobre la tierra que la santidad de su espíritu.

DIA DIEZ Y NUEVE.

EL IRIS,

Ó SEA:

EL FERVOR DEL ESPÍRITU.

Estote perfecti, sicut et Pater vester celestis perfectus est.

Sed vosotros perfectos, como perfecto es vuestro Padre celestial.

(MAT. V, 4).

Admirable es el Altísimo, mis amados hermanos, y sus obras nos demuestran su poder de un modo maravilloso. Deseo siempre de hacer ostentacion de sus infinitas bellezas, las ha esparcido en tan gran número en la naturaleza entera, que la vista del hombre no fuera suficiente, no digo para ensalzarlas, sino ni aún para simplemente describirlas. Levantad, por favor, vuestras miradas; y, prescindiendo ahora de cuanto os arrebatara en los cielos, os atrae en la tierra, y os sorprende en los mares; fijad vuestra atencion en lo alto de aquel vetusto muro, en el tejado de aquella abandonada cabaña pastoril. ¡Dios mio! ¿qué veis allí, pues? Una llama, una llama pequeña, pero viva, que agitándose pausadamente, parece remontarse hácia las esferas. Inciertos, respecto de vuestra vision misma, atónitos por la novedad del portento, os aproximais á dicho muro, examináis más de cerca aquella rústica morada; y entónces reconocéis en tal llama, una flor, la más delicada y primorosa; una planta, la más maravillosa y sublime; el Iris, el esplendorosísimo Iris.

¡Oh! Dios de infinita sabiduría, ¿cuántas bellezas no has reunido

Tú, pues, en esa flor deliciosísima? Sus hojas, amados hermanos, son anchas, majestuosas y puntiagudas, semejantes, enteramente, por su forma, á una agudísima espada. Su tallo, parece cubierto de terciopelo, está cargado de hojas, alternativamente, combinadas. Sus tallitos son abiertos, frondosos y uniformes. Sus flores están divididas en seis pétalos, ondulados en sus bordes y recamados de rizos y crespaduras, distintos en la extremidad superior de una cabellera, formada de sutilísimos hilos. Y toda esa belleza de formas, hermanos míos, toda esa majestad de tallos, y toda esa donosura de hojas, componen tal variedad de colores, que no hay uno solo en la naturaleza del cual no se halle teñida esa flor admirable. El azul celeste y el azul oscuro, el color purpúreo y el encarnado, el amarillo y el carmesí, el rojo subido y el cerúleo; el amoratado y el verde, el color de naranja y el rojo amarillento, el lila y el violado, el amarillo claro y el blanco; todos esos matices se encuentran en ella, dispuestos con tal gracia, y ordenados con tal gradacion y simetría, que el ánimo no puede ménos de quedar estupefacto y atónito. Y, como si todo eso fuera poco todavía, acá y acullá, algunos destellos dorados, y algunos caprichosos adornos de oro, en medio de los colores más vivos, así en las hojas como en las flores, dan á esa planta un esplendor tan deslumbrador, que al ser bañada por los rayos del esplendoroso sol, acariciada por la suave brisa, bien podemos representárnosla cual ardentísima llama que se levanta hácia el cielo.

Bien persuadido estoy, carísimos hermanos, de que habreis comprendido, sin gran trabajo, la simbólica significacion de esa flor misteriosa. Aquella llama, que, en definitiva, no arde en otra parte, que en el corazon amoroso de aquel Iris celestial, de nuestra Madre santísima; ¡oh! aquella llama, que al ser agitada, parece remontarse hácia el cielo, nos llama, nos invita al fervor del espíritu; á aquel fervor que, cual verdadera llama del corazon, consiste en procurar que de cada dia sean más brillantes los colores de nuestras cristianas virtudes, en progresar todos los dias en la santidad y la perfeccion del espíritu. Mas ¡ay! esa llama hállase hoy extinguida sobre la tierra; y los frios corazones de los fieles, se están consumiendo en un horrendo letargo, en una abominable tibieza; el mal peor que puede ocasionarse al alma, y del cual, ay! cuán difícilmente puede ella librarse!

¡Ah! mis amados hermanos; sirvanos, pues, de estímulo esta noche nuestra Madre santísima; y que aquella llama, que está agitando sin cesar su fervoroso corazon, se apodere esta noche de nuestras almas, y las excite á trabajar para conseguir un progreso y perfeccionamiento en las vías del Señor.

Y á fin de que, una vez empeñados en tal empresa, nuestro paso no vuelva hácia atrás, consideremos, detenidamente, hermanos míos, cuán peligroso es el no adelantar cotidianamente en la santidad y fervor del espíritu; peligroso por la facilidad con que por tal causa podemos caer en el abismo de la tibieza; y peligroso, igualmente, por la dificultad de salir de tan miserable estado una vez caídos en él.

¡Madre piadosa y benigna! no nos priveis esta noche de vuestro poderoso auxilio. A. M.

Es una sentencia comun de los santos y de los maestros del espíritu, tomada de la doctrina misma evangélica, que, en las vías del Señor, no progresar cada día, no perfeccionarse en las virtudes, no adelantar en la santidad, es un verdadero retroceso, una verdadera pérdida: *In via Domini non progredi retrogradi est.* De tales premisas, y de un principio tan cierto, no os será difícil ¡oh cristianos! deducir, por consecuencia, mi propio asunto. Por lo tanto, si el no crecer es un verdadero disminuir, por precision, pues, hay que llegar, finalmente, al maximun de la disminucion; es necesario caer en el precipicio de la tibieza espiritual; y por lo mismo, someterse á aquel cúmulo de males, que son la inevitable consecuencia del indiferentismo. Y ¡ay! si así no fuera, ciertamente no tuviéramos que deplorar tantas y tan tremendas caídas de hombres los más ilustres, de un Salomon, de un Judas y de tantos otros, cuya memoria hubiera merecido los honores de las futuras generaciones; pero que, en lugar de ello, ha quedado enteramente olvidada, ó es objeto de execracion y lástima.

Y no me digais ahora, carísimos hermanos, que estando ya firmes y constantes en la emprendida carrera, si no adelantarais en ella un sólo paso, tampoco retrocedierais un sólo punto. ¡Oh! que engaño es ese tan sutil del maligno tentador! Si vosotros permanecierais firmes en vuestra santidad, y constantes en vuestra perfeccion, fuerais, en verdad, Iris en el jardin de la Iglesia, acaso de colores variados, mas no de dorados estambres; fuerais Iris degenerados, los cuales no ofrecen el espectáculo de aquel incendio, que ofrece esa planta en sus naturales esplendores. Vuestras hojas estarian marchitas, vuestros colores amortiguados, y vuestras lánguidas flores, abatidas sobre el tallo. ¿Cuál fué, pues, el precepto que os impuso Dios cuando se dignó admitiros en sus campos, entre el número de sus queridos hijos? Sed perfectos, como perfecto es vuestro Padre celestial: *Estote ergo perfecti, sicut et Pater vester caelestis perfectus est.* (MATTH. V. 48).

Pues bien, decidme, os ruego; la santidad, en la cual os propusis-

teis constantemente vivir, y el grado de virtud que poseeis, ¿os daría, acaso, una tal semejanza? ¿Podriais, por ventura, llamaros semejantes en la perfeccion á vuestro Padre celestial? ¡Ah! cubiertos vuestros rostros de un justo rubor, vosotros no os atreveis á responder á mis palabras, mis amados hermanos. Y ¿cómo, pues, no debierais de creer necesario el perfeccionaros en la virtud? ¿Cómo dejarais de inferir de ello, que tantas cuantas veces no progresais en la santidad, os haceis culpables de un quebrantado precepto, y que, por consiguiente, caeis en un precipicio, á cuyo fondo debéis llegar paulatinamente?

Nada importa, amados hermanos míos, que sea de todo punto imposible llegar á ser semejantes á Dios en la perfeccion: eso no quita que vosotros no debais desearlo eficazmente; con tanta más razon, cuanto que en la vida espiritual, el desear ardientemente la perfeccion, es ya ser ó demostrarse perfecto.

Pero, quiero mostrarme condescendiente con vosotros. Deteneos en la emprendida carrera de la santidad y de la virtud; fijad un término, en el cual comience el reposo. Seguid viviendo, si así os acomoda, con aquella humildad, que, en ciertos casos, se deleita con las alabanzas, y no puede sufrir los vituperios; con aquella fé, que, en ciertas circunstancias, sabe sacudir enteramente el yugo de la sumision; con aquel pudor, que, á veces, sabe traspasar los límites de lo honesto y de lo lícito; con aquel amor, que excluye todo émulo; con aquella generosidad, que casi desaparece á la vista de un enemigo; con aquel arrepentimiento, que sabe inventar pretextos; con aquellas virtudes, en suma, que, al ser puestas á prueba, suelen quedar desacreditadas y desmentidas por completo.

Seguid, repito, viviendo en tal estado, si así os place: mas, entónces yo os preguntaré: ¿permanecereis, verdaderamente, en él, tanto en el punto, en el cual la virtud se encuentra, como en el punto de que ella se aparta? ¿Lo creéis acaso vosotros, vosotros, que experimentais la mas viva resistencia, aún en el caso de hallaros sostenidos por la mano del Señor, cubiertos con su manto y fortalecidos con su gracia? ¿Eso creyerais vosotros, que, aún siendo favorecidos con el auxilio del cielo, sentís, sin embargo, la fragilidad de vuestro sér, la debilidad de vuestra naturaleza, y vuestra propension á la culpa? Aquella ambicion de gloria, aquel resentimiento por los ultrajes reprimidos, ¿no tomaron creces, por medio de un esfuerzo continuo, hasta el extremo de desterrar la virtud de vuestro corazon? Aquella duda, por pequeña que sea, manifestada, acaso, para no aparecer fanáticos en materia de religion, ¿no puede acabar en vosotros

con la pérdida total de la fé? Aquella chanza un tanto libre, aquella expresion poco honesta, y aquella mirada poco casta, ¿no pueden, por ventura, ocasionar vuestra funesta caída, arrastraros á cometer los pecados más vergonzosos y brutales?

¡Ea, pues, oh cristianos! tenedlo bien entendido: es imposible, ciertamente, hallarse exentos de toda culpa; mas, el poco cuidado que poneis en preservaros de ella, el débil deseo que sentís de adelantar en la opuesta virtud, aquella falsa máxima de que á vosotros, como seglares, os basta, finalmente, poseer cierto grado de perfeccion, sin que debais procurar el progresar cada dia en ella; hé ahí vuestros enemigos más poderosos, y el abismo más profundo en que puede caer vuestra alma. Y en el caerá, ciertamente, cuantas veces, olvidada del fervor necesario, viva en la indiferencia, en el letargo y la tibieza.

Aprended, hermanos míos, aprended de María. En Ella todos vosotros podeis contemplar aquella variedad de colores que á nuestro Iris embellecen y lo ensalzan entre mil: en Ella brillan el amarillo del amor, el violado de la humildad, el blanco candoroso de la inocencia, el verde de la esperanza, y el purpúreo de la más ardiente caridad. Empero, todos esos colores, mis amados hermanos, siendo vivos ya por su naturaleza misma, se hicieron más brillantes en María, por medio de aquellos dorados, que, esparcidos con profusion en las hojas y en las flores, avivan intensamente sus llamas. María, cual Iris esplendoroso, que ostenta de cada dia una belleza más sorprendente, lleva consigo, desde su nacimiento, una profunda humildad; esa humildad, empero, andando el tiempo, llega á la meta de su perfeccion. María, cual Iris esplendoroso, que se embellece á los rayos de purísima luz, es casta desde el materno seno; empero, su candor va adquiriendo de dia en dia más lustre y más gloria. María, cual Iris esplendoroso, que se embellece al soplo de la suave brisa, es inmaculada desde los primores albores de su vida; empero, su inocencia, con el trascurso de los años, va aumentando en ornamento y en gracia. De ahí, mis amados hermanos, aquel esmero en María para adelantar todos los dias en la santidad de su espíritu. Ella es santa en el cuerpo, y procura aumentar siempre su perfeccion. Es santa en el alma, y procura siempre aumentar su fervor. Es santa en sus afectos, y procura siempre purificarlos más. Es santa en sus pensamientos y procura cada vez más dirigirlos hácia Dios con mayor solicitud. Es santa en sus deseos, y procura siempre enderezarlos hácia el cielo con mayor frecuencia. A Ella no la arredran los obstáculos, ni la atemorizan los impedimentos; camina, teniendo siempre delante de

sus ojos á su Dios, su alma y su eternidad. Piensa en Dios, y concibe deseos de imitarlo siempre más y más. Piensa en su alma, y procura hacerla siempre más digna de su Esposo celestial. Piensa en la eternidad, y se afana para conquistar en ella un trono el más sublime que pueda ser concedido á una criatura mortal. En suma: Ella adelanta siempre en la perfeccion para el bien eterno de su alma; es siempre el Iris vivificado á cada instante por aliento celestial; es siempre el Iris revestido de llama en sus hojas y en sus flores; es siempre el Iris que ofrece un incendio de caridad y de fervor. Y ¡dichosa Ella, que no conoce languidez ni tibieza alguna! ¡Dichosa Ella, que todo el dia va avanzando en la santidad de su espíritu! ¡Dichosa Ella, que no conoce el temor! Pero ¿qué temor? ¡Ah! aquel temor que oprime á nuestros miserables corazones; aquel temor de permanecer constantemente en el abismo de nuestra tibieza, imposibilitados, por decirlo así, para salir de él, por más que nos propongamos lo contrario.

En tal precipicio había caído, miserablemente, el obispo de Laodicea, cuando el Señor, en la sublime vision que tuvo el estático de Patmos: vé, decía á éste, escribe al obispo de Laodicea. Esto dice el testigo fiel, el príncipe de las criaturas de Dios. Conozco bien en tus obras que ni eres frío, ni caliente; ¡ojalá fueras frío, ó caliente! Mas, por cuanto eres tibio, y no frío ni caliente, sinó que te contentas con seguir la via del término medio; esto es, con una virtud, que no se aparta enteramente del delito; con una piedad, que no excluye enteramente el pasado; y con una religion, que no se cura de adelantamiento alguno; en una palabra, estoy para vomitarte de mi boca, porque eres tibio: *Incipiam te, evomere ex ore meo.* (Apoc. iii. 16.) Tú, engañado, crees ser rico porque te comparas con los mundanos; porque dices que te guardas de las culpas mortales; porque te parece que posees la virtud; mas yo te digo, que eres pobre, miserable, ciego y desnudo.

Carísimos hermanos; ¿reconocemos nosotros en ese infeliz nuestro propio retrato? ¿Escuchamos nosotros, igualmente, la tremenda sentencia con que le amenaza el Señor? Y Él es el Dios de la santidad, Aquel cuya perfeccion es infinita; Aquel, que por su propia naturaleza no puede dejar de castigar el delito y de aborrecer la culpa; y Él es quien prefiriera vernos frios, es decir, pecadores, y faltos enteramente de virtud, que mirarnos en tal tibieza y en tal indiferentismo. Y ¿por qué, mis amados hermanos? ¿Qué significa, pues, esa conducta de Dios? ¿Por qué Él nos sufriría más bien pecadores, que no indiferentes y tibios en su divino servicio? ¡Ah! cristianos; eso nos demuestra, suficientemente, la certidumbre del peligro respecto

de nuestra alma, en tanto ésta vive en tal estado; la dificultad que existe para ella, cuando trata de adquirir nuevo fervor y nueva virtud.

Y no pudiera ser ello de otra manera, bien podeis creerlo. Posible es, que el pecador salga, finalmente, de su obcecacion en vista de sus numerosas culpas, y al meditar en sus graves delitos; posible es, que llegue, por último, á avergonzarse de sí mismo, al considerar la diferencia que hay entre su vida y la ley santa de Dios. Empero, el tibio engañase á sí mismo, no reconociendo sus graves culpas, sus patentes delitos; engañase á sí mismo, porque cree hallarse adornado, cual Iris de variadas flores, de brillantísimas hojas y de sorprendentes colores; porque le parece que su corazón puede compararse con esa planta deliciosísima; y entretanto, no advierte, que le faltan aquellos dorados estambres, aquellos áureos, ó preciosos ornamentos, que, solamente, pudieran convertirle en viva llama, semejante á aquella que arde en el corazón de su Madre santísima.

Y dejando ahora á un lado el velo de los símbolos, puede decirse, hermanos míos, que el tibio se engaña, diciendo: que es casto, humilde y paciente, y que se halla adornado de aquellas virtudes propias de todo imitador de Cristo; sin percibir, que le falta la más necesaria, la más vivificante, la más bella: el fervor del espíritu. Si la conciencia le remuerde por las muchas faltas cometidas, ese tal va repitiendo con el Fariseo del Evangelio, que él no hurta, que no es orgulloso, ni vengativo; que no es impuro; que no es necesario en su estado guardarse de toda falta venial; y que, finalmente, aún el justo cae, al decir de la Escritura, muchas veces al día. Y de esta suerte, el desdichado, tratando siempre de justificarse á sí mismo con tales pretextos, contrayendo cierto hábito respecto de las culpas, acaba por merecerse el abandono de Dios; en cuyo caso, es locura el esperar la salvacion, y vano implorar piedad.

Bien conocia todo eso, ciertamente, nuestro místico Iris, nuestra Madre María: de ahí, que procurara siempre con todo anhelo, que sus estambres fueran más dorados y más brillantes, á fin de que pareciera más viva la llama de su corazón. Habiendo salido inmaculada de las manos de Dios, ¡ah! Ella no podía dejar de comprender la grandeza de su privilegio; no podía dejar de rendir, por tal causa, gracias á su Bienhechor, con una vida correspondiente á su altísimo origen. Y por eso, precisamente, Ella en todas sus acciones buscaba la mayor perfeccion: la mayor perfeccion en los afectos, la mayor perfeccion en los deseos, y la mayor perfeccion en las palabras. No habia obra alguna de piedad á la cual Ella no se consagrara; bien fuera, ó no, ordenada por la ley; bien la obligara, ó no, el precepto

de la misma. Ella hállase en el Templo para la celebracion de la Pascua; hállase allí, igualmente, para la Circuncision de su Hijo; y allí, por último, hállase para su propia Purificacion. Por medio de la asiduidad que muestra en la oracion, logra hacerla de cada dia más fervorosa; dispuesta siempre á la piedad, de cada dia la hace más tierna: siendo incansable en la devocion, que cada dia es también más sublime. Ama á su Dios, y le pide siempre nuevo amor. Ama á su prójimo, y dispensa á éste nuevos favores sin cesar. La llama que reviste su corazón, refléjase en su exterior, y aparece cual Iris á la faz del mundo entero. Iris la llaman sus padres, Iris la apellidan los sacerdotes en el Templo, cual Iris la saluda en su patria, su pueblo. Y á dicha planta la compara [su Esposo; á dicha planta la llaman los pastores; y semejante á dicha planta, por último, la contemplan en el pesebre los Magos.

Mis amados hermanos; procuremos que el ejemplo de María no sirva para nuestra mayor condenacion. Atemorice nuestras almas el precipicio, en el cual pudiéramos caer con tanta facilidad, y del cual, difícilmente, podríamos salir, viviendo como hemos vivido hasta el presente, en el indiferentismo y la tibieza. Comprendamos ya, que si nos interesan nuestra alma y nuestra suerte eterna, si queremos subir al monte de Sion, es necesario que váyamos adquiriendo cada dia nuevos grados de virtud; es preciso, que adelantemos siempre en las vías de la perfeccion; debemos procurar, que nuestro fervor sea un fervor nuevo y más perfecto de cada dia. Nuestra naturaleza contaminada por la culpa, á la culpa nos inclina, amados hermanos; mas la gracia, que descende de la virtud eterna, hácia la virtud debe conducir nuestros miserables corazones. Es difícil, en verdad, resistir á aquella innata propension, que nos arrastra, continuamente, hácia la disipacion, la tibieza y la indiferencia; mas ¿cuánto no pueden, por otra parte ¡oh cristianos! la proteccion y el amparo de nuestra Madre santísima?

¡Oh! sí, vuestra proteccion ¡oh Virgen! y vuestro amparo invocamos nosotros en este momento, sobre nuestras almas. ¡Dios mío! penetrados del más justo temor, en este instante, nos preguntamos á nosotros mismos, si acaso habrá acabado de vomitarnos de su boca vuestro santísimo Hijo. ¡Oh, Madre! emplead en esta hora toda vuestra eficacia. Decid á vuestro Hijo, que todos nosotros hemos hecho ya el firme propósito de dar de mano, desde hoy en adelante, á la tibieza y al indiferentismo; decidle, que hemos resuelto adelantar de cada dia en las santas virtudes; que estamos arrepentidos de nuestra vida pasada; que en este instante, imploramos su gracia poderosi-

sima. ¡Oh Madre tiernísima! no nos abandoneis en nuestra miseria! Vos nos estais diciendo con vuestros ejemplos que os imitemos; y eso queremos nosotros, igualmente; eso juramos á vuestras plantas santísimas; así lo prometemos á vuestro maternal corazón. Si hemos errado hasta este día, perdonad nuestra ceguera; con una de vuestras piadosas miradas, convertidnos en Iris esplendorosísimos, cuya belleza siempre se perfeccione, cuyos esplendores siempre se acrecienten, y cuyo fervor, santidad, virtud y justicia, vayan de continuo adelantando.

DIA VEINTE.

LA MADRESELVA,

Ó SEA:

IR EN BUSCA DE JESÚS.

Non tardes converti ad Dominum.
No tardes en convertirte al Señor.
(Eccí. V, 8.)

Como quiera que nuestros pasos van avanzando de cada día en el jardín de María, hénos aquí, amados hermanos, en vista de un delicioso bosquecillo, pequeño, en verdad, por el espacio que ocupa, pero grande y majestuoso por la excelencia de sus plantas. Allí está la encina, la reina de las selvas; allí, el alto cedro, el señor de los montes; allí el ciprés y el plátano; allí, el cinamomo y el áloe; todas las plantas más escogidas y más preciosas, los aromas más preciados y gratos al sentido. Rodean dicho bosquecillo, exteriormente, una espaldera de rosas; innumerables aves llenan su ramaje; y esmaltan su suelo las más olorosas florecillas. Puro es el ambiente que lo orea; brillante la luz que lo embellece, y deliciosa la fragancia que difunde. Los helados cierzos jamás lo despojan;

las lluvias interpestivas nunca lo abaten, y la noche jamás lo cubre con su tenebroso velo. Animados ¡oh cristianos! por tan suaves delicias, conmovidos por un espectáculo tan sublime y encantador, apesuremos, pues, nuestro paso, y fijemos nuestra planta en tan apacible sitio. Y ¿por qué, hermanos míos, ante unas plantas tan excelentes, ante tal variedad de encantos, y ante tanta suavidad de perfumes, mi mirada se fija únicamente en una humilde florecilla, que crece allí en medio del delicioso terreno? ¿Qué es lo que esa flor ofrece de extraordinario y de sublime? Inclínada sobre la tierra, los matices de dicha flor son pálidos; mezclada con el polvo, sus hojas son tristes; abandonada, como se halla, á sí misma, crece con inseguridad, y brota indecisa, como si anduviera en busca de perdido sendero. ¿Qué es, pues, repito, lo que en ella me atrae, qué es lo que me sorprende, qué es lo que me arrebató?

Lo que me atrae, lo que me sorprende y lo que me arrebató, hermanos míos, es la acción de su naturaleza siempre maravillosa. Esa flor, que por la palidez de sus matices, la pobreza de sus hojas, y la inseguridad de su desenvolvimiento, parece tan humilde, mientras permanece sobre el suelo, mezclada con los terrones; esa flor misma, repito, apenas llega á los pies del tronco de un nudoso y vetusto roble, cuando de repente ¡oh prodigio! sus hojas reverdecen, sus colores se animan, y sus flores se embellecen con las más sorprendentes riquezas. El amarillo, el rojo, el granate, el azul celeste, y el azul subido, y el color de violeta; tales son las tintas con las cuales entonces se adorna: guirnaldas preciosas, festones admirables y majestuosas cascadas; tales son las formas que adquiere al arrimo de su amigo, el altísimo tronco: una grandeza siempre imponente, una variedad siempre nueva, y una galanura siempre bella; tales son las propiedades que, en el interior del bosque, la distinguen, la adornan y la subliman.

Y ¿qué flor puede ser esa, pues, carísimos hermanos? Es la misteriosa Madreselva, que, siendo despreciable, acaso, en tanto vejeta sobre el humilde terreno, descubre todas sus ocultas bellezas tan pronto como consigue unir amorosamente sus tallos al tronco de algún árbol. ¡Afortunada Madreselva! que nos habla de aquella Virgen santísima, que manifestaba todas sus glorias en su unión con Dios, y en cuya unión hacía consistir sus maravillosas grandezas. Y vosotros, que la admirasteis ya en los vínculos de tal unión, cuando os hablé de su amor al Altísimo, procurad hoy contemplarla mientras vuela en busca de su perdido Hijo, cual espiritual Madreselva, que, sin fin, va en pos de su glorioso apoyo.